

---

UN DRAMA DE ECHEGARAY

---

*El hijo de hierro y el hijo de carne.*

El último drama del Sr. Echegaray no ha gustado al público. Su estreno no ha sido una batalla, ni ha promovido discusión, ni se han enronquecido por su culpa media docena de esos nerviosos asistentes á las *premières*, cuyo placer consiste en gritar en los pasillos. El público se contentó con oír, imponer silencio á los habladores, que nunca faltan, y esperar los efectos. Al final hubo un poco de excitación: la cosa lo merecía. La situación era para emocionar y poner el corazón chiquitito; las señoras palidecían.



ron, y los espectadores de las alturas daban muestras de un regocijo altamente moral, viendo burlado al *traidor* en su mayor victoria. Calvo dijo que ya estaba otra vez la pelota en el tejado, es decir, que ya estaba él en situación de sufrir nueva tortura. Cayó el telón. Respiró el público, usó dignamente de su cortesía llamando al autor... y nada más.

¿Por qué no gustó el drama? Nadie mejor, entre nuestros autores dramáticos, que el señor Echegaray (cuyo talento grandioso y en ocasiones genial nadie tiene derecho á poner en duda) para dominar al público y hacerle suyo incondicionalmente. Tiene para esto un inmenso prestigio, ganado en honrada lid; un conocimiento exquisito de la escena; una estrategia especial y oportuna; decir galano, brillante y con ese saborcillo arcáico tan en moda; pensamientos hermosos; arranques, efectos, y hasta dulzuras y gracias. Tiene al público encajado en su molde, sabe cómo debe apoderarse de su emoción y no perdona nada para conseguirlo; teje su red con la reflexión de un matemático, la adorna con las galas de un poeta, pone brochazos de luz y espasmos de nervios; arrogancias hermosas y ternuras suavísimas; y vence.

Parece que anoche había de vencer más que nunca. Volvía el autor á su senda antigua; repetía su manera, su tipo, su carácter, aquel

que le valió los primeros y mayores triunfos; volvía á ser el romántico de siempre, el mismo que en sus más felices ensayos de dramas modernos asomaba de vez en cuando, mezclando á la vida de hoy sentimientos y acciones de la vida de ayer. En *El hijo de hierro* y *el hijo de carne* veía el público á su Echegaray de siempre, sin que faltase ni uno de los elementos clásicos de sus obras, en los personajes ni en la acción; hasta parecían vagar por la escena las sombras de otras creaciones hace tiempo olvidadas.

Se ha hablado de decadencia en Echegaray; ¿qué de extraño, cuando se ha dicho lo propio de Pérez Galdós? Pero esto no es cierto. Los dramas de Echegaray, son, casi todos, como los de aquel ingenio del siglo XVII á quien le comparó una autora del XIX, dramas de escena; como Lope, es Echegaray prolífico con exceso en la producción. Esto daña siempre, y no hay que hablar de ello porque es axiomático para todos, respecto del autor de *O locura ó santidad*. Que un escritor no acierte en una de sus obras, no es signo de decadencia; es una equivocación, y á veces también es un cambio de gusto en el público, una variación de esas que se preparan en silencio y con ignorancia, á menudo, de los mismos que la sufren; pero que aparecen de repente, en la ocasión oportuna, y significan toda una revolución de ideas, de tendencias, de sentido artístico.



Es cierto que en ingenio, en recursos, en brillantez, en movimiento y vida de la acción, cede, quizás en mucho, el último drama, á otros de su mismo género. Interesa, sin duda, menos que aquellos cuyos nombres son de la popularidad; pero conviene pensar esto: ¿no gustó aquel drama sólo porque es inferior á los otros, ó también en mucha parte porque es como los otros?

No me decido á entrar ahora en comparaciones. Lo que no se me puede negar es que *El hijo de hierro y el hijo de carne* posee tantas bellezas como cualquier otro de sus hermanos, en la frase, que en la escena resulta correcta, limpia, gratísima al oído; tantos efectos y de igual ley, que otros: situaciones análogas; y en el fondo, una idea madre que tal vez ha quedado con insuficiente relieve, pero que tiene su grandeza, que provoca un conflicto de esos que otras veces han traído el aplauso; y que todo él se mueve en la esfera conocida y querida por nuestro público y por nuestros actores, del drama romántico, tipo Echegaray.

Todo esto hay allí, y parece que debiera haber arrebatado á los oyentes. Pero es que en la noche del estreno, con pretexto de flaqueos y de errores, de efectos fallidos y de dificultad en el desarrollo, lo que en el fondo dejó frío al público, le quitó el interés que de buena gana quiso prestar y le apagó el entusiasmo en

los aplausos, fué el despego repentino, sentido de una vez, en visión rápida, pero viva, de todo lo que tiene el género de extraño, de inoportuno, de falso, de falta de ecuación con la vida de hoy, con los sentimientos que nos mueven, con las ideas que nos preocupan, con la conducta que seguimos, con lo *nuestro*, en fin que pide cada tiempo ver reflejado en su literatura, si es que ésta no ha de vivir divorciada, en espíritu y en palabra, de la sociedad en que se produce.

Ese es el error. El teatro de Echegaray—salvo, claro es, tal cual obra que no necesito nombrar—está *desplazado* en absoluto del mundo en que se agita su público. Esto lo atenuó en un principio el talento del autor, el respeto de los españoles á su tradición literaria, que tuvo su época, y cierto molde que por intuición vivísima daba Echegaray á sus obras.

La magia ha desaparecido hoy, y el público (me siento llevado á creerlo) no calla ante la decadencia de D. José Echegaray, sino ante la muerte de la ilusión que un tiempo le tuvo cautivo.

El fenómeno es curioso y de gran enseñanza. El público se va á toda prisa, aunque tal vez no tiene plena conciencia de ello. Busca su teatro propio; murmura del convencionalismo, aunque ceda á él con frecuencia; quiere en la escena la lucha real y viva de su tiempo: le disgusta que le torturen los nervios y le acon-



gojen con horrores que para él no significan nada.

Y al desear todo esto, se vuelve hácia el que ha sido su maestro, al hombre en quien reconoce genio y facultades para satisfacerle; y al encontrarse que el genio de otras veces sigue divorciado de lo presente, agita sus fuerzas en el vacío de un ayer que no se resucita: gasta sus energías en empresas para las que no hay ya cruzados y confía aún, para todo, en la brillantez de su talento, en las estratagemas de su ingenio, en las notas subidas de una emoción terrorífica *dégoutante*, cree que la falta está en que ha bajado aquel de su altura de siempre, cuando está, de fijo, en que no quiere abandonar el campo en que alcanzó sus primeros lauros.

Y es triste. Cuando hoy deploramos la pérdida, el derroche de un talento que en la novela hubiera sido de primera fuerza á recoger su impetuosidad y dar más recto empleo á las facultades de que pródigamente estaba dotado, (1) es triste que empiece á comprenderse cómo, con la gravedad de lo irremediable, aquel que —según la frase de Feijóo aprovechada por algún crítico— muestra, á veces, *la uña del león*; aquel que tiene aciertos grandísimos y nervio dramático; que sabe conmover y sabe pensar, va en camino de ser una figura brillante de

(1) Se refiere á D. Manuel Fernández y Gonzálos.

nuestra historia literaria, pero una figura que no encarna con el sentido artístico de su época, ni con la vida del pueblo que le admira. (1)

1888.

(1) Ya no podría decirse esto en absoluto, después de *Un crítico incipiente* y alguna otra obra.